

destartalados además para su condición, o faltando a la residencia por las noches. Parece, por tanto, participar, con toda su humanidad, en el ambiente de relajación del espíritu religioso general entre canónigos y racioneros de aquella catedral.

Pero además un chismoso le acusa sobre el problema de honestidad y dice:

«... el racionero don Luis de Góngora está notado de vivir muy como mozo y de andar de noche y de día en cosas livianas y ser amigo de tratar con los que llaman truhanes y representantes y darse a hacer coplas fuera de lo que conviene a su hábito.»

En todo caso, según concluye Alonso, los amores de don Luis si existieron debieron ser muy secretos. Aunque cabe establecer una relación entre los mencionados romances y las afirmaciones de Angulo.

Frente al volumen V, de análisis estilístico más teórico y general —admirable también en otro sentido— este volumen VI está más lleno, por tanto, de documentación concreta, y refleja una labor minuciosa y dilatada en el estudio y el amor hacia la obra de don Luis de Góngora.

Otros muchos aspectos se estudian aquí: la muerte violenta de un sobrino tarambana de Góngora; documentos acerca de su relación económica con el marqués de Ayamonte; su éxito personal: la boda de su sobrina preferida, Leonor; el epistolario de don Luis y las cartas al abad de Rute; la polémica con Lope de Vega («G. no llamó “idiota” a Lope»), su italianismo, etc.

Se trata de un volumen grueso que conjuga amenidad y erudición, cientifismo y calor humano. Que incluye valiosos documentos inéditos acerca de la vida de Góngora y su perfil humano, y estudia el problema de edición de sus obras. Y, finalmente, incluye el texto de las *Soledades* en verso, con la versión en prosa del propio Dámaso, de todos conocida, recientemente reeditada por Alianza Editorial también.

Pero hay más. Y con ello acabo. Dámaso Alonso, desde su atalaya de investigador con experiencia, plantea una terrible acusación que es preciso reseñar aquí, hacia quien corresponda:

«¡Cómo están editados nuestros clásicos! Cotejo ahora con los manuscritos las cartas de Góngora impresas, y me quedo mohíno. Los copistas modernos se han saltado largos párrafos, muchas veces páginas enteras del texto, y así se ha publicado en las ediciones. No ha ocurrido eso en una carta o dos, sino en más de una veintena). Y (si el cero vale más que una cantidad negativa) casi resulta mejor lo que se ha saltado, que lo que han transcrito. ¡Nuestros pobres clásicos! No es lo peor que estén editados así, sino que no se les lee. Porque, si se hubieran leído las cartas de Góngora, ¿cómo podrían haber pasado sin protesta, durante casi medio siglo, los disparates que en todas las ediciones contiene ese epistolario? ¡Qué más da!: todo es barullo. Y así va todo.» (Pág. 193.)

En exculpación de muchos hay que decir que Dámaso Alonso escribía estas líneas terribles en 1961...—DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN. (*Monte Esquinza*, 3. MADRID-4).

La piedra y el centro *

«... Igual sucede con la vida religiosa y la vida poética: si no las vives, nada comprenderás jamás de ellas.» (De Chômei, 1212 d. C.)

Si Chômei tenía razón, algunos libros nunca debieran ser escritos; todos cuantos pretenden que, en términos platónicos, *nous* y *dianoia* son independientes. Lo que puede transmitirse, enseñarse y aprenderse es, efectivamente *dianoia*; y del saber cosas a la sabiduría, o de la erudición a la experiencia hay un paso decisivo ciertamente, pero sólo a los que lo han dado les es lícito —nos dice Chômei— hablar de lo que saben. Los otros, nada podrían decir con más sentido que el fático discurso del ave tropical.

El nuevo libro de ensayos de José Angel Valente nos enseña otra vez, insistentemente, que hablar de poesía —entre otras cosas— no es la trivialidad académica que se enseña en las universidades, so capa de «ciencia de la literatura». Y nos lo enseña sin teorizar, es decir, rememorando con él a Eliot, honestamente, escribiendo.

La piedra y el centro es escritura al hilo de la piedra poética. No *sobre* la palabra poética. De los ensayos que componen el libro podríamos extraer una consecuencia común —por ello es un libro y no un florilegio—: hay una aparente multiplicidad o disociación creada y admitida por toda la tradición metafísica occidental que sólo puede ser —y es, de hecho— superada en ciertas experiencias radicales o extremas, experiencias de contemplación. Los dos polos de esta dualidad —que quizá alguien se sentiría tentado a hacer confluír con acción y contemplación, las dos filosofías, tópicamente claro, del occidente y del oriente— han poseído y poseen en Valente muchas imágenes: representación y quietud por ejemplo, reunión y soledad, exterior e interior. «Sobre o contra la estolidez y el tumulto —nos indica ahora— compone el Bosco las figuras exentas, las figuras que tiene el aura excepcional de la soledad, las figuras que desde ella niegan con su ajena presencia lo humano circundante vivido como desrealización». Superación de lo múltiple; reivindicación de lo uno. Pero reivindicar lo úno no es aceptar nuevamente la dicotomía unomúltiple, sino negarla definitivamente. La actual filosofía deconstruccionista, tan en boga, parte del mismo punto, pero no discurre por la escritura con la limpidez del poeta, sino con el «vicio» teórico (Gramatología=Ciencia de la Escritura). Buscan los filósofos conceptos intermedios que les libren de la falsedad de lo dual, el poeta simplemente acude a la radicalidad del mito, es decir, de la explicación original. Así, la superación de la dualidad halla su manifestación —y no es la primera vez en Valente— en el mito de la resurrección, el mito que reivindica el *cuerpo* sin negar el *alma*. «We dye and rise the same, and prove / Mysterious by this love», nos recuerda Donne desde la cita inicial. Amor es, en efecto, lo que abre también las puertas del *Reino*, como en el Evangelio de Tomás: «Cuando hayáis hecho de dos uno (...) del varón y la hembra un solo ser de modo que el varón no sea varón ni la hembra hembra (...) entonces estaréis en el Reino»; otra dualidad, el *yo* frente al *otro*, se supera en el amor, el eros

* JOSÉ ANGEL VALENTE: *La piedra y el centro* (Madrid, Taurus, 1983).

o la iluminación del místico. Ni siquiera el eros y la experiencia de lo divino —la fruición divina, dice Valente— pueden ser disociadas en esencia. «En los estados superiores de su experiencia, el místico arrastra toda la potencialidad unitiva del eros». La visión interior, la *simplificatio*, el estado de disponibilidad y libertad extremas perdida toda posesión —aún la de uno mismo— son comunes al místico y al que escribe: «La experiencia de la escritura es, en realidad, la experiencia de ese descondicionamiento, y en ella ha de operarse ya la disolución de toda referencia o de toda predeterminación. Tal es la vía única que en la escritura lleva a lo poético, a la forma como repentina y libre manifestación».

No hay, no puede haber, *método* en *La piedra y el centro*. Hay, sí, revelación del poder de la *dispositio*, que la Retórica enseñaba. La Retórica, despojada del lastre peyorativo que los que la ignoran han vertido sobre ella, es *arte* —y no ciencia— de persuasión. Si es cierto que la persuasión entraña peligros en manos del malevolente, también es verdad que se trata de una guía interior, de disciplina, y que cuando es arte y no ciencia —es decir, *no aprendida*— llega a crear convencimiento de la no gratuidad de la escritura. La retórica es lo contrario de la voz gratuita, porque es ejercicio, purificación, que, como todo ejercicio, ha de ser superado —no mostrado—. Si alguna vez la voz parece ahogada es sólo porque no había ninguna voz. En *La piedra y el centro* sí la hay, por eso sería gratuito para nosotros reconstruir el método.

Se escribe, así, en *La piedra y el centro* sobre el estado de escritura, el mito de Narciso como mito de resurrección, la tremenda Crucifixión de Isemheim, o las figuras silentes del Bosco; sobre grandes místicos españoles, Santa Teresa o San Juan de la Cruz, sobre la más pura experiencia interior o la estridencia de la *propagatio fidei* cuando se apropia de la palabra experiencial que no le pertenece y la hace proclama; se vuelve en un soberbio ensayo sobre la triste historia de una ortodoxia que, aunque prepotente, no pudo con todo tocar la simplicidad interior del místico Miguel de Molinos. Incluso, algo que se echa de menos en los libros «científicos», se abren caminos a otras escrituras: la observación de figuras dispares con un punto común en sus filosofías, la negación de la propiedad en Marx, San Juan de la Cruz y Spinoza, o la observación del desarrollo de la novela europea a partir de la recepción de la narrativa y otros géneros de prosa (por ejemplo, los libros «espirituales») española.

El proceso de lectura atraviesa un ensayo tras otro creciéndose en el convencimiento el lector de aquello que se le da no como un mensaje, sino como una reveladora evidencia. Se parte de la copla, epifanía de la voz natural, y se alcanza con la figura solitaria de Molinos ese espacio de infinita apertura del vacío, y en todo momento tiene el lector presente, como reverberación siempre iluminada, e iluminando a la vez, la propia poesía de José Angel Valente; no es *La piedra y el centro* el comentario, como lo es la *Subida del Monte Carmelo*, de los poemas de *Material Memoria*, *Tres Lecciones de Tinieblas* o *Mandorla*, pero sí puede servir de «visualización»; el comentario del místico es, en esencia alegórico; también aquí se nos dan unos «visibilia» conceptuales que sirve para acceder por vía analógica a lo que en la poesía es, por más directo, más oscuro. Porque, como decía antes, hay un conocimiento, una sabiduría experiencial que no es transmisible, sino como *dianoia*, como *discurso sobre algo*. Como Juan de la Cruz sabía muy bien hay que utilizar imágenes que den idea

de aquello que no puede realmente decirse o comunicarse. Esas imágenes ni en el místico ni en el poeta constituyen su poesía, sino ese otro lenguaje segundo que aquélla exige. Ambos lenguajes discurren en líneas paralelas, uno es lenguaje fundado sobre el símbolo, sobre la alegoría, el otro. En este caso la alegoría se genera en la conexión conceptual de dos experiencias distintas, pero estructuralmente idénticas: iluminación y escritura.

Y todo nos indica otra vez más lo que siempre el lector amante supo. Que la obra de arte, o la escritura no son objetos analizables, que resisten y niegan esencialmente a la disociación que el análisis intenta imponer, aquí sí, como retórica falaz: «He ahí la soledad en que, como ruptura de lo insólito, la obra o la forma aparecen, si realmente se constituyen como tales, es decir, cuando son sólo espacio para la epifanía o libre manifestación de la palabra. La obra o la forma tienen (en tal sentido, ha de entenderse) entidad o naturaleza autónomas, son (y siempre en tal sentido) aseimióticas, lo que las distinguiría del signo lingüístico en su funcionamiento ordinario, si aceptásemos, retomando una conocida distinción de Henri Focillon, que *el signo significa y la forma se significa*. En tal significarse de la forma las nociones de forma y contenido se unifican como en la forma se unen los contrarios». La naturaleza aseimiótica no significa que la escritura no sea interpretable, sino que lo es en su totalidad, de manera sacramental, como lo fue siempre la escritura, como lo era la palabra para el profeta, alimento. Alimento que da vida y une en comunidad.

Hay más, mucho más en *La piedra y el centro*, como siempre en la escritura genuina.—MARÍA DEL CARMEN GONZÁLEZ-MARÍN. (*Avda. de los Reyes de España, 26, ap. 129. SALAMANCA*).

El exilio como reflexión semántica *

Hace poco decía José Donoso que «la novela hispanoamericana es esencialmente una literatura de exilio». Son palabras que traigo a colación ahora porque pueden aplicarse a Mario Benedetti, que además de ser novelista, es también escritor de cuentos, poeta, dramaturgo, ensayista, crítico literario, autor de crónicas humorísticas, guiones cinematográficos y letras de canciones. Una intensa y extensa obra que ha acompañado como una segunda piel al autor uruguayo a través de un desarraigo de años y de un móvil peregrinar que le han conducido, después del golpe militar de 1973, no sólo a renunciar a su cargo en la Universidad, sino a vivir en diferentes países: Argentina, Perú, Cuba y España.

Primavera con una esquina rota, trata, precisamente, y en primer plano, el tema

* MARIO BENEDETTI: *Primavera con una esquina rota*. Edit. Alfaguara, Madrid, 1982, 216 págs.